

CORPUS CHRISTI EN TOLEDO

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ
Numerario

Pregón del Corpus Christi toledano. Difícil tarea. Si ya es difícil pronunciar un pregón, por el extraño género literario-oratorio que requiere, más difícil resulta pregonar el Corpus Christi en Toledo, del que tantas alabanzas se han hecho y que tanta literatura ha suscitado. Corpus Christi; Toledo. O será mejor decir, Toledo, Corpus Christi, para dar su lugar cronológico a cada cosa, pues, primero fue Toledo, como todos sabemos, y después el Corpus Christi, instituido en el siglo XIV mediante la insistencia de aquella religiosa de Lieja.

Pregonaremos Toledo brevemente. Y brevemente también pregonaremos el Corpus. Y nos detendremos algo más en pregonar la procesión por culminar en ella la explosión de la fiesta de esta semana grande que va comenzar.

Toledo.

No voy a caer en la presunción de presentar Toledo a los toledanos. Sería tan fatuo como querer presentarle a alguien a su madre. Sólo recordaremos que esta vieja ciudad llevaba ya muchos siglos de vida antes de la institución de la fiesta del Corpus Christi. Muchas cosas se han oído sobre su fundación, pero las primeras noticias feacientes que de ello tenemos se deben al invento de Gutenberg, que permitió la recopilación en letra impresa de sucesos cuya difusión anterior sólo había sido transmitida de boca en boca.

Así, por lo que parece ser la primera Historia de Toledo impresa, debida a Pedro de Alcocer en 1554, podemos disponer de datos de los que no tenemos por qué dudar.

Habla Pedro Alcocer de Túbal como el primer poblador de España, donde reinó 143 años después del diluvio universal y 2.166 antes del nacimiento de Cristo. Dice que a Túbal le siguieron en el reinado de España sucesivamente sus hijos Ybero; Iubalda; Brigo; Tago, de cuyo nombre recibe el río que baña Toledo el suyo: Tajo, y de cuya población a los alrededores de este río por la gente que Tago traía, se fundaran los poblados que formarían nuestra ciudad.

Nos sigue hablando Alcocer en su letra impresa de los sucesivos reyes de España, pasando por Beto, que diera nombre al río Betis, hoy Guadalquivir; nos habla de Gerión; de Osiris; de los Geriones, hijos de Gerión; y de Hispalo, hijo de Osiris, que venciera a los Geriones y fundara Sevilla llamándola Hispalis, al que sucedió su hijo Hispán. Nos cuenta Pedro Alcocer cómo más tarde «vinieron a España muchas generaciones de gentes extrañas». Y, llegando a la descripción de Toledo, dice cosas tan bellas como estas:

«Está situada en la España llamada Citerior, o de aquende, y por propio nombre Tarraconense, en la provincia de Carpetania. Cuyo sitio en muy conjunto al medio, o centro de las Españas, casi igualmente distante de su circunferencia. En las cuales hace semejantes efectos que el corazón en el cuerpo humano: al que la Natura puso casi en el medio del, dotándole de grandes y magníficos privilegios, poniendo en él la fuente de la vida y el principado de los otros miembros...»; y más adelante dice Alcocer refiriéndose al Tajo: «Y que las riberas de este río, antes de llegar a esta ciudad, y después de apartado de ella, van coronadas de frescas y hermosas arboledas, llenas a todas partes de sotos y huertas, con gran muchedumbre de árboles frescos y deleitosos. (...) Tiene esta ciudad por peculiar excelencia cerca de sí, muchos mineros de diversos metales: que si fuesen con diligencia buscados como lo eran en tiempo que los

romanos fueron poderosos en España, no se hallaría pequeño número de ellos. Tiene gran abundancia de salinas, de que se provee todos su reino. Tiene cerca de sí una sierra pequeña de finísimos jacintos, muy maravillosos de mirar...».

Estuvo Alcocer, sin duda, enamorado de Toledo, pues, al describirla, diríase que habla del paraíso.

En esta ciudad, Toledo, que con tanto cariño describe Pedro Alcocer, se habían venido creando las condiciones precisas para que después, la fiesta del Señor arraigara fuertemente. Tal vez empezó todo con aquellos primeros concilios, dieciocho, antes de la invasión árabe. Y con la conversión de Recaredo y el seguimiento en masa que le hicieron sus súbditos con el triunfo del cristianismo sobre el arrianismo. En la «civitas regia» se forjaban los fuertes cimientos de la cristiandad. Cimientos que se reforzarían después con la actitud de los Mozárabes en la dominación musulmana, merced, desde luego, a la benevolencia árabe. Y la fe de los gremios toledanos más tarde, aquellos que fundaran la más piadosas cofradías de la cristiandad, y que organizaran a su costa las danzas del Corpus y su octava, incluyendo en ellas los Autos Sacramentales. Aquel singular género de teatro teológico y didáctico que sólo se celebraba en España y durante las fiestas del Corpus, que comenzara teniendo como principales protagonistas a los cuatro elementos: el Aire, la Tierra, el Agua y el Fuego; protagonismo que, compartido con la Fe y la Esperanza, llegara a conmover de forma tan especial al pueblo llano, que se mostraba siempre ávido de presenciar aquellas representaciones.

Desde aquel primer Auto que narraba el gesto de San Martín al compartir su capa con un mendigo, el género fue perfeccionando su temática teológica hasta que Calderón lo ciñera exclusivamente al dogma de la Eucaristía, que tanto enfervoreció al pueblo que lo presenciaba.

Fue tal vez por este exceso de fervor, tanto en los espectadores

como en los autores, por lo que el Cabildo toledano hubo de dictar normas que frenaran entusiasmos deformantes.

Primera norma: Que los entremeses se hagan con toda decencia, sin que haya en ellos cosas de profanidad, para evitar lo cual deberían ser antes censurados y aprobados por los mayordomos.

Segunda norma: Que de ninguna manera se introduzca persona de la Santísima Trinidad, ni de la Virgen, ni del Papa.

Tercera norma: Que los mayordomos ofrenden los dos primeros Autos a la ciudad de Toledo.

A pesar de que ya en el siglo XVIII, concretamente en 1763, Carlos III prohibiera su representación perdiéndose con ello esta tradición, yo recuerdo, como creo recordarán los también más viejos del lugar, haber visto alguna representación de este tipo en nuestra plaza de Zocodover, allá por los años cuarenta.

Y esta es Toledo. La que se iniciara en las graveras de Pinedo pasando después por el cerro del Bú, hasta llegar a la «peñascosa pesadumbre»; en la que la luz de la cristiandad que se prendiera con los concilios, fuera mantenida por los mozárabes y avivada después por los Reyes Católicos y los monarcas del Imperio, y entretejida con la devoción de aquellos gloriosos gremios toledanos que se ocupaban tanto del buen funcionamiento de los oficios que albergaban, como del acrecentamiento de la fe en el Señor.

Corpus Christi.

Se celebraba ya antiguamente la institución de la Sagrada Eucaristía en Jueves Santo, según el calendario de Polemio. Mas, para el ánimo de los creyentes era éste un día de tristeza por el recuerdo que la Semana Santa trae al pensamiento de los fieles. Se hacía necesario, pues, su traslado a día más alegre. Cuentan las crónicas que este día más alegre surgió por la insistencia de aquella

joven y humilde Religiosa de Lieja, Juliana de Mont-Cornellón, al comunicar a las autoridades eclesiásticas la revelación que le había hecho el Señor de la necesidad de completar el luminoso ciclo de las fiestas litúrgicas con la celebración de una nueva fiesta dedicada al Santísimo Sacramento. La joven Juliana había tardado algún tiempo en comunicar su revelación por no creerse merecedora de ser el vehículo de tal mensaje; pero, cuando pasados varios años se decidió, inició su campaña de comunicaciones a teólogos y obispos, hasta que al fin, uno de estos, Roberto de Toroto, obispo de Lieja, después de convocar un sínodo para ello, decidiera implantar en su diócesis la celebración de la nueva fiesta a partir del año 1247, haciendo uso de las facultades que para estos casos tenían entonces los obispos.

Después de la muerte de Roberto de Toroto, la fiesta fue difundida por el cardenal Hugo de San Caro, quien ordenó su celebración en su diócesis. Más tarde, en 1264, el Papa Urbano IV, en su bula «*Transiturus*», dejó ordenado oficialmente la celebración anual de la fiesta del Corpus Christi, que habría de celebrarse el jueves siguiente al domingo de la Santísima Trinidad, o sea, a la octava de Pentecostés, otorgando indulgencias a los fieles que asistieran a la misa y al oficio divino. No obstante este mandato del Papa, su muerte acaecida un mes después, retrasó por más de cuarenta años la celebración universal de la fiesta. A principios del siglo XIV fue implantándose paulatinamente en diversas partes del mundo. Así, comienza en Colonia en 1306; en Barcelona en 1316; hacia 1325 en Bélgica y en Inglaterra y, unos años después, empieza a extenderse en Italia y también por el resto de España.

Hemos mencionado la celebración en jueves de la fiesta del Corpus; pero es este un dato con el que no queremos influir en ningún ánimo, y para compensarlo, daremos también la siguiente noticia histórica: «Las procesiones que en los tiempos antiguos de la Iglesia que hacían los jueves en memoria de la Ascensión del Señor,

las trasladó a los domingos el Papa San Agapito». Con lo que se aclara que los cambios de jueves a domingo no son ninguna novedad. Dejamos pues, con ambas noticias, libre a nuestro pregón de inclinación preferente.

Procesión.

En cuanto a las procesiones del Corpus Christi, si bien es cierto que no queda recogida su celebración en ningún decreto, por lo que no podemos precisar las fechas de sus comienzos, sí tenemos noticias de que los Papas Martín V y Eugenio IV, otorgaron indulgencias a sus participantes, pudiéndose asegurar por ello que en el siglo XV ya se celebraban. Y en Toledo concretamente, estas procesiones del Corpus, bien pudieron haberse celebrado en los claustros de la Catedral que el arzobispo Tenorio construyera para estos fines, antes de que las procesiones salieran a las calles.

Pregonemos ahora la procesión: pero para ello vamos a utilizar las modernas técnicas del pregón que hoy son las de la publicidad, que aconsejan mostrar el producto que se pregona, o al menos lo que pueda ser una muestra de él.

Vamos a asistir desde aquí, desde nuestras butacas, a la procesión del Corpus Christi en Toledo. Como si no la hubiéramos visto nunca. Ya sé que es imposible convertir en estreno lo tantas veces repetido. Pero se trata de una historia maravillosamente interminable y maravillosamente repetible: el Cuerpo de Cristo sale a visitar las calles de nuestra ciudad y en ellas, las gentes de Toledo y las gentes de tantas partes del mundo, lo adorarán. Todos quieren acompañarle en su paseo; pero muy pocos pueden hacerlo; los más tienen que conformarse con verlo pasar. Y harán filas en las calles del recorrido para adorar al Señor y admirar las maravillas de su séquito.

Habiendo pregonado Toledo y habiendo pregonado la fiesta del Corpus, pongamos énfasis en pregonar la maravillosa procesión en Toledo del Cuerpo de Cristo.

Se hace saber, por orden del señor Alcalde, que la semana grande va a empezar. Esta semana grande que gira alrededor del día grande; ese día grande que a su vez gira alrededor de la gran procesión; de la procesión que se centra en la custodia de plata sobredorada de Enrique de Arfe. Magnífica custodia de la orfebrería de finales del Gótico sobre la que confluirán las miradas, girarán las miradas de los fieles que abarrotarán las calles a su paso, como girasoles al movimiento de su Sol, al paso del Corpus Christi dentro del precioso viril u ostensorio hecho con el primer oro que enviaran de América a Isabel la Católica.

Se hace saber, por orden del señor Alcalde, que el Señor más importante entre todos los señores visitará nuestra ciudad. El pueblo procurará vestir sus mejores galas y se adornará el recorrido de la visita. Se cubrirán con toldos que servirán de palio y refrescarán las calles por la que dicho Señor pasará; se adornarán las paredes con flores y banderolas y faroles y guirnaldas tejidas de arbustos de las riberas del Tajo. Los privilegiados moradores de las casas por las que pasará el Señor, decorarán sus balcones con las mismas colgaduras con que lo hicieron sus abuelos, transformándolos en cascadas de sedas y terciopelos. Se cubrirán los suelos de la carrera procesional con una alfombra de tomillo y de romero que nos traerá el recuerdo de blancas mariposas y grillos tempraneros y rojas amapolas de las laderas del valle, llenando nuestros sentidos de aromas de primavera.

Y en el Día Grande, cuando termine la misa en la Catedral, un sonoro tañido de campanas se extenderá por todo Toledo surgiendo de pronto del esbelto campanario gótico anunciando el inicio de la procesión. El pueblo se estremecerá de emoción removiéndose en las filas en las que, a ambos lados de las calles del cortejo, llevarán

varias horas aguardando. Algunos habrán puesto sus sillas dos días antes reservando sus sitios; y ahora, tras de la larga espera, todo va a comenzar.

Las graves campanadas mantendrán su sonido en el aire y los que las escuchen podrán imaginar los cielos toledanos repletos de aquellos ángeles músicos del Greco acompañando con sus inauditas melodías el gran momento de la fiesta: la salida del Corpus Christi a visitar una vez más la ciudad.

Venid todos a participar en la semana grande. Venid todos a la fiesta. Acercaos y vereis salir la procesión.

Su salida, por la Puerta Llana, o lo que es igual, la plana, sin escalones de subida o bajada, la privilegiada entre todas las puertas del templo catedralicio. Por ella sale el Señor y por ella volverá a entrar hasta el siguiente año.

Tardará algún tiempo en organizarse la procesión. El comienzo será tal vez un tanto embarullado. Las cruces, las mangas, los estandartes y los pendones, irán tomando su lugar y distancia después de los primeros pasos. Y las Hermandades y Cofradías, tras su salida a borbotones, formarán las filas y conformarán el cortejo procesional.

Al desorden de los primeros metros seguirá inmediatamente el orden y el silencio que el momento y el acontecimiento requieren en las filas de la procesión y en el público que, en toda la carrera del cortejo, lo flanqueará.

Briosos caballos montados y dominados por un piquete de la Guardia Civil en riguroso traje de gala, serán los primeros que el público verá. Su espectacular presencia, cuyo silencio sólo será roto por los cascós de los corceles al golpear sobre las piedras del pavimento, irá ahogando el murmullo de las conversaciones envolviendo al público en un espectador recogimiento. Romperán periódicamente este arrobamiento los Timbaleros del Ayuntamiento con sus redobles de tambores y ecos de sus trompetas.

Pero la verdadera apertura del cortejo procesional lo hará el

Vara de Plata, el histórico pertiguero que, detrás de la Guardia Civil y los Timbaleros abrirá paso golpeando en el suelo con su argétea vara. Su lento caminar, sus ropas de seda galoneadas de oro, su peluca blanca rizada a la antigua y el sonoro y espaciado tintineo de su vara sobre el suelo, anunciará que la procesión ha empezado; y que todo cuanto le sigue será merecedor de la más sublime atención.

Venid, vamos todos a verlo. Tras el pertiguero de la vara de plata, la manga del Cardenal Cisneros, rematada con la cruz de Alfonso V de Portugal, nos recordará a estos dos personajes de nuestra Historia. El Cardenal Cisneros, Francisco Jiménez de Cisneros, al que encarcelara un día el Arzobispo Alonso Carrillo de Acuña por su resistencia a aceptar una arbitrariedad de éste; Capellán Mayor y Vicario General que fue de Sigüenza antes de tomar el hábito franciscano en el convento de San Juan de los Reyes en Toledo, de donde pasó al convento del Castañar a entregarse por completo a la pobreza y a la oración. Pero su sabiduría no pudo quedar oculta, pues, cuando del pobre convento del Castañar pasó al aún más pobre de la Salceda, ya su fama de santo y sabio se había extendido, razón por la que el Cardenal Mendoza le recomendara a Isabel la Católica para ser su confesor. De esta manera ganó la Historia un magnífico consejero de la Reina Católica y un firme gobernante del reino cuando las circunstancias y las ausencias reales le llevaron a ello. Y también ganamos un magnífico Cardenal cuando igualmente se vio obligado a aceptar, no abandonando por ello su pobre hábito para vestir ni su humilde jergón para dormir.

Coronando esta manga de Cisneros, veremos, la cruz del esposo de Juana la Beltraneja. Como si en esta joya procesional se dieran cita el derrotado de la batalla de Toro, para conmemorar la cual levantaron los Reyes Católicos el monasterio de San Juan de los Reyes, y el primer novicio que allí tomara el hábito franciscano, el nunca bien ponderado Francisco Jiménez de Cisneros.

El comienzo de la procesión se verá ya organizado mientras

avance precisamente por la calle del Cardenal Cisneros. Seguirá saliendo el cortejo por la Puerta Llana, y se ordenará según se acerque a la puerta siguiente de la misma calle: la Puerta de los Leones, la magnífica y esplendorosa Puerta de los Leones, probablemente la maravilla gótica más sobresaliente de la ciudad, la puerta a la que habrá que, algún día, acristalar para evitar que la intemperie la siga deteriorando, a la que sería bueno poder mostrar como joya en un fanal, dispuesta a la contemplación de los amantes del arte en los siglos venideros.

Daremos la vuelta a la fachada de la Catedral y subiremos la cuesta que nos lleva a la Plaza Mayor, conocida también como «Plaza de las Verduras». Un buen sitio para ver pasar el Pendón de los Hortelanos que va detrás de la manga catedralicia.

Tras él harán fila los hortelanos de toledo y la provincia que vieron en los últimos meses mermarse sus haciendas. Aparecerán gallardos portando su pendón lleno de ofrendas. No importándoles que el sol de Castilla y la sequedad de sus tierras hayan descolorido el verde de sus huertas volviéndolas tan pardas como sus capas, con las que cubren su orgullo de nuevos castellanos y cristianos que el tiempo ya ha hecho viejos desde aquellos sus ancestrales moriscos granadinos. Y caminarán elevando sus frentes al cielo a donde siempre han mirado suplicando la lluvia, mientras acompañen a su Señor en este paseo por Toledo. Caminarán mirando al sol que ha tostado sus frentes y las de sus abuelos desde el alba hasta que el ocaso tiñera de dudas los frutos de sus esfuerzos. En su pendón, la ofrenda de sus sudores al Santísimo, que acompañan; la razón de la vida de su ancestros y la razón de su orgullo de hortelanos.

Seguirá a los hortelanos una representación de niños primocul-gantes del año. Blancura, ausencia de color y de mancha: pureza. Avanzarán por la calle de Tornerías poblada en época musulmana por las «tiendas del Rey, que pasaron en la Reconquista a ser propiedad de Alfonso VI, de las cuales el monarca cristiano hiciera gra-

cia a algunos de los franceses que formaban su séquito y su fuerza, tal vez en recompensa a sus ayudas. No llegará la procesión a alcanzar la altura de la calle en que se encuentra la mezquita de las Tornerías, donde el culto islámico continuó por concesión del rey Alfonso entre las capitulaciones, hasta muy avanzado el siglo XIV; calle que debe su nombre a la agrupación en ella, allá por el siglo XVI, de los torneros de la ciudad, donde se instalaron las tiendas y los talleres de aquellos hombres que, perfeccionando el invento de Arquímedes, hacían toda clase de tornillos y tuercas, la mayoría de madera, para el uso de la época, amén de tornear cuantos balaustres, patas de mesa, sillas o sillones demandaba la moda en el mobiliario.

No es largo el recorrido de la procesión por esta calle; torcerá pronto a la izquierda para adentrarse por la de Martín Gamero. El grupo de los niños de primera comunión seguido de los grupos juveniles de asociaciones cristianas, avanzará por la calle en que viviera el ilustre abogado, historiador y literato, don Antonio Martín Gamero, a cuyos apellidos se debe el nombre que ostenta la calle desde 1887, cuando sustituyó al anterior de «Rua Nova», que nos podía recordar la mezcla de pobladores de la zona: antiguos francos protegidos de Alfonso VI, y una parte de la población conversa. Y llegaremos pronto a la plaza de las Cuatro Calles, que más que plaza es una confluencia de vías, ahora cinco y anteriormente cuatro, de gran movimiento comercial desde antiguo, pues en ella desembocan las calles más transitadas. Plaza recoleta y alegre por su gran movimiento de público. Quizá la más indicada para encontrarnos en ella con la representación andaluza en nuestra ciudad, que seguirá en la procesión a los grupos juveniles, la Hermandad de la Virgen del Rocío, que incorporada desde hace algunos años a la toledana procesión del Corpus Christi, pone, desde la seriedad de sus trajes negros, mantillas y varales, la nota alegre de sus sonrisas y sus claveles reventones.

Y en seguida nos adentraremos por la calle del Comercio, antigua de la Lencería, de la Calcetería, de la Sombrerería, de la Joyería, de la Cintería..., calle Ancha; nombres que en su historia han venido citando las actividades que en ella se ejercieron.

Seguirán las hermandades del Santísimo Cristo del Calvario y del Santísimo Cristo de la Vega con sus estandartes al frente. La del Calvario. Procede la del Calvario de la antigua del Cristo de la Fe, con su sede en uno de los templos más viejos de Toledo, la iglesia de El Salvador. Antigua iglesia visigoda transformada en mezquita árabe con la invasión musulmana; una de las que conservó el culto islámico hasta que en tiempos de Alfonso VII fuera de nuevo convertida en templo cristiano a petición de la reina doña Berenguela por aquel hecho suscitado de una fortísima tormenta.

Les seguirá en las filas del cortejo la Hermandad del Santísimo Cristo de la Vega. No son muy antiguos sus orígenes; del primer tercio de siglo; y su asistencia a la procesión, desde hace unos doce años. Pero siempre ha sido gremial la intención de sus comienzos a semejanza de las Hermandades mantenidas por los antiguos gremios toledanos. En este caso, el personal relacionado con las artes gráficas: impresores y periodistas, ampliado después a empleados del comercio. Participarán en la procesión del Corpus con su estandarte granate al frente, que ostenta la imagen del Cristo de la Vega, representando la talla en madera de Cristo crucificado con su brazo derecho desclavado del madero. ¿Cristo del milagro de la leyenda de Zorrilla?. ¿Pieza de un antiguo «Descendimiento»? Aun sabiendo que esto último es la verdad, dejamos volar nuestra fantasía recordando al mirar a estos cofrades su devoción al Cristo que bien pudo ser testigo de una promesa de amor con un final feliz; pues, sabemos que, en todo caso, hay una promesa de amor en ese Cristo Crucificado, que tendrá un final feliz para quien quiera entenderla.

La Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes aparecerá en el cortejo impresionante. Largas filas de damas con sus uniformes de

enfermeras que, sin tener por qué serlo lo son en lo más profundo de sus sentimientos; enfermeras de la paz y la alegría. Más de ochocientas ya en toda la archidiócesis toledana, que peregrinan año tras año a Lourdes cuidando y ayudando abnegadamente en todo a los enfermos y minusválidos peregrinos que acuden a la gruta a exponer sus problemas a la Virgen. Y a abrir en sus corazones una puerta a la esperanza.

Seguirá a estas damas la Cofradía Internacional de Investigadores, nacida no hace muchos años en el Archivo Municipal del Ayuntamiento de Toledo, fruto del entusiasmo de quienes son desde sus comienzos sus priostes principales: la Académica Esperanza Pedraza y el Historiador Gabriel Mora, así como de un grupo de no menos entusiastas investigadores que frecuentaban dicho Archivo. Componen hoy esta Cofradía más de trescientos investigadores de todas las nacionalidades, licenciados y doctores en múltiples especialidades del mundo de la cultura internacional. Es requisito indispensable para su ingreso, aparte del de demostrar su condición de investigador, el de creer en un Sumo Hacedor; el de creer en Dios no importando el nombre que cada uno le dé.

Su veste negra de terciopelo y su gola blanca, nos llevarán al recuerdo de los caballeros enlutados del «Entierro del Conde de Orgaz», entre los que el Greco mezclara humanistas y escritores, con médicos, artistas y juristas. Y fundirán en nuestra mente seriedad, historia y Toledo. La misma mezcla que estos cofrades van llevando al mundo entero en sus ya prestigiosos congresos internacionales periódicos.

Y las cruces parroquiales harán acto de presencia en la procesión. No compiten entre sí por mostrarnos la calidad de su orfebrería, sólo hacen fila con el pueblo, como si cada parroquia toledana quisiera patentizar su acompañamiento a los fieles alrededor del Señor.

Y lo mismo ocurre con las religiosas de vida apostólica. Sólo una representación de ellas, que camina, con el recato que las caracteriza, entre el cortejo procesional. Representan ante el pueblo, pues el Señor conoce bien su número, a la ingente cantidad de monjas que por toda nuestra diócesis forman el núcleo de la vida contemplativa y apostólica que arropa nuestros pecados.

La adoración nocturna también estará presente en esta procesión. No quieren estas damas y caballeros toledanos hacer dejación de sus propósitos durante el día; durante este Día del Señor en su paseo por las calles toledanas. Ellos que le adoran por las noches, quieren adorarlo a pleno sol en su recorrido anual por la ciudad.

El Vara de Plata ya hace tiempo que habrá llegado a la plaza de Zocodover. Allí apenas avanzará la procesión. Casi podríamos decir que se comprime a la espera de la alocución que el Arzobispo Primado de España pronunciará cuando la custodia se pare a la altura del Cristo de la Sangre, donde tuvo su sede la Cofradía que sostenía el culto de dicho Cristo. Pero aún no llega la custodia. Entrará ahora en Zocodover el Capítulo de Caballeros Mozárabes. Y podremos verles emocionados según van llegando a la plaza. Será que aún se estremecen pensando que allí, en la plaza principal, pudo tener lugar el juicio del fuego de los misales, donde Alfonso VI mando echar a la hoguera los misales mozárabe y romano para averiguar cuál de los dos debería considerarse el verdadero. Recuerdan estos mozárabes la arbitrariedad del rey Alfonso cuando, al salir ileso de la quema el mozárabe, se obstinó en que fuese declarado oficial el romano. Fue el fervor popular el que obligó al monarca a acceder a que los mozárabes, con su misal, continuasen celebrando su rito en las mismas parroquias en que se había practicado durante la dominación musulmana, a pesar de que la liturgia oficial sería desde entonces la del misal romano. Ellos son los verdaderos representantes de los fieles toledanos, de los Cristianos Viejos. Sucesores por vía materna de aquellos cristianos que, por benevolencia maho-

metana, conservaran su religión y su culto durante la invasión árabe sin doblarse al islamismo. En los que encontró apoyo Alfonso VI para la Reconquista en 1085, y los que mediaron para que, en las capitulaciones, fuera tenido en cuenta el mismo trato que a ellos se les dio, para los seguidores del Corán después de la toma de Toledo por los cristianos. Ellos son los que más merecen ser llamados cristianos y toledanos, por ser sucesores de aquellos heroicos seguidores de Cristo, que decidieron vivir la práctica de su religión y su culto, pese a los peligros a los que se expusieron durante los casi cuatro siglos de dominación musulmana. Ostentan sobre su veste azul la cruz de Alfonso VI. Les honra su lealtad al monarca que liberó Toledo de la dominación árabe, a pesar de aquellas desavenencias.

Y veremos a los mozárabes en Zocodover, en el Suq-al-dawwab que decían los árabes; en el Mercado de Caballos. En la plaza que ha sido siempre el centro comercial de la ciudad y el centro neurálgico, ya que no el geográfico. En la plaza cuyas calles afluentes se poblaron de talleres y de oficios al abrigo de lo que en el mercado se vendía. Oficios que elaboraban el complemento de la compra principal en la plaza, que era el caballo. De un lado de la plaza, la calle de la Sillería, donde se hacían las mejores sillas de montar de aquellas épocas; y de otro, la calle de las Armas, donde los caballeros podían surtirse de las mejores espadas del mundo. Los veremos en la plaza donde se celebraban los Juegos de Toros y los Juegos de Cañas. Donde, para estos juegos-espectáculo, se concentraba todo Toledo a fin de disfrutar de su contemplación. Como para los autos sacramentales.

Ya estará la plaza llena de público. Ya estará la Tribuna preparada para recibir al Arzobispo, quien, cuando la custodia se pare enfrente, pronunciará su alocución.

Entre el público, los mozárabes creerán ver a gentes vestidos de chilaba y turbante. Y, por qué no, a algún viejo rabino en una esqui-

na con barba puntiaguda y tocado de «kipa», descendiente de aquellas tribus de judíos toledanos que fueron consultados sobre la ejecución de Cristo y dijeron que no. Y ninguno de estos personajes se sentirá incómodo entre la fiesta del Zoco, destinada a la alabanza de Dios. Todos recordarán las tolerancias de sus épocas.

Concluida la homilía del Arzobispo seguirá la procesión por la calle de la Sillería. En ella entrará el Capítulo de Caballeros del Santo Sepulcro, aprobado por el cardenal Segura en 1928, y conocido desde entonces por el sobrenombre de «Guardia de Honor del Primado de España». Son los que custodian el Santo Sepulcro en la procesión del Viernes Santo en su recorrido por las calles de la ciudad. Se unen majestuosos a la procesión del Corpus aportando su seriedad al cortejo que acompaña al Señor en su matinal paseo. Sobre la policromía de esta mañana de primavera toledana, acentuada por los adornos en las fachadas, las colgaduras en los balcones y la diversidad de color en los vestidos del público apiñado en las aceras, destacarán solemnes estos caballeros con su albina capa, punteada de rojo por las borlas y la cruz, como contrapunto de pasión sobre la ausencia de color de sus marfileñas vestes.

Venid todos a la procesión; veremos el Capítulo de Infanzones de Illescas. Infantios o Hijosdalgo, hijos de hidalgos, nobles o ricoshombres. Hidalgos y nobles, por lo tanto, de la villa toledana de Illescas. Sucesores de aquellos infanzones medievales que, sobre sus heredades o infanzonzgos, sólo tenían la potestad que el rey les otorgaba, gozando, sin embargo, del privilegio de servir al rey y defender su religión y su patria, siendo propietarios de sus armamentos y cabalgaduras.

La procesión alcanzará la calle de los Alfileritos, paralela a la antigua muralla romana, o tal vez visigoda, sobre la que se apoyan sus casas de la acera Norte: una de las calles más antiguas del primer recinto amurallado. Sin duda con otros nombres en la Antigüedad, y hoy con el de «los Alfileritos», que se debe a un reta-

blillo con una Virgen, cambiado de su primitivo lugar hace pocos años, pero aún en la misma calle, a la que el fervor popular dio el nombre de «Virgen de los Alfileritos».

Todo surgió de aquella joven bordadora de principios del siglo XVIII que pasaba a diario por esta calle y se paraba un instante a rezar ante el retablo de la Virgen. Cuentan que pinchada fortuítamente por uno de sus alfileres le quedó un dedo infectado, y al curársele, le ofreció el alfiler a la Virgen dejándolo en el retablo. Un joven noble que acertó a ver el hecho, quiso observar su paso diario ante la imagen, y la joven, sabiéndose vigilada, para disimular su ofrenda primera, depositaba cada día un nuevo alfiler ante la imagen mientras rezaba. Dicen que surgió el amor entre ambos jóvenes terminando en boda. Desde entonces muchas jóvenes toledanas depositan su alfiler a la Virgen en espera de un favor parecido.

Y cuando lleguemos a la plaza de San Vicente veremos aparecer el Capítulo de Caballeros del Corpus Christi. La mayoría de sus componentes proceden de los países hispanoamericanos, obedeciendo al mandato de su creación firmado por el Cardenal Pla y Deniel en 1958. Sirve el Capítulo su misión primordial de dar fe de la existencia de Dios llevando a sus países su testimonio, peregrinando cada año a la que fuera en otro tiempo Capital del Imperio, y acompañando con ejemplar recogimiento a la Eucaristía en procesión. Su veste y birrete verde, y gola blanca rizada y almidonada, reviste a estos cofrades de un aire de caballeros del Renacimiento trasplantados a nuestros días, que armoniza con el ambiente que predomina en la procesión.

Habrà un gran número de sillas en esta plaza desde donde el público podrá contemplar sentado la procesión. Veremos cómo el paso se estrecha al llegar a la calle de Alfonso X; popularmente conocida como calle de Jardines. Recoleta calle en su parte estrecha proclive al lucimiento de sus adornos este día. Y cuando la comitiva llega a la plaza del Padre Juan de Mariana y deja a la derecha la

iglesia de los Jesuítas, se adentrará por otra calle estrecha en su comienzo, la calle de Alfonso XII y, ¡oh maravilla!, las sonrisas aflorarán a los labios de los componentes del cortejo: avanzando unos metros por esta calle se encontrarán con una lápida de piedra en cuya inscripción se puede leer, entre otras cosas, «cárcel para gente honrada». En esta calle, que en tiempos se llamó «calle de la Cárcel Real», y en la casa que ostenta la susodicha lápida que hace sonreír a los que desfilan en esta grave procesión, estuvo la «cárcel para gente honrada» y, aunque el verdadero destino de esta cárcel era el de «nobles» delincuentes, da a entender que siempre hubo gente «honrada» con méritos para ir a la cárcel.

Veremos aparecer al Colegio de Nuestra Señora de los Infantes. Con sus colegiales revestidos de alba blanca y sus acólitos de sotana roja y roquete blanco, encabezados por su guión-estandarte del siglo XVII. Colegio que fuera fundado por el Cardenal Siliceo en 1557. Acólitos y cantores de la Catedral según especifican sus estatutos. El nombre se debe a que sus becas se proveían en niños de siete a diez años comprobada su limpieza de sangre, con destino al servicio del coro, a los que los ceremoniales antiguos de la Catedral llamaban «clerizones».

En época de débil economía de la institución, el número de colegiales fue reducido a seis, tomando entonces el apelativo de SEISES sus componentes. Aún los toledanos les conocemos por este nombre, aunque su número haya sido aumentado considerablemente. Animan estos Infantes la procesión poniendo su alegre nota de futuro.

Caminarán detrás de estos «seises» el Seminario Metropolitano, al que resucitara de un letargo de años D. Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo que ha sido de Toledo, y a cuyos títulos podríamos añadir el de «padre de los seminaristas». Rostros de sanos y fuertes jóvenes que aún en su recogimiento llevan impresa la alegría de su vida elegida con firmeza consciente. Aparecerán los más jóve-

nes revestidos de alba y, tras ellos, los mayores de sotana y roquete. Entonarán serenos cánticos de alabanza al Señor, sembrando en quienes los veamos y escuchemos la esperanza en nuestra fe.

Pronto la comitiva doblará por la calle de Rojas, cuyo nombre antiguo fue «Peso del Carbón». Su nombre actual, el de «Rojas», se debe a la acaudalada familia que en ella vivió ocupando la mayor parte de las casas de esta corta calle, hoy dedicada al ya fallecido D. Antonio Bardón, pues su colegio lleva muchos años ocupando las casas que fueron de los Rojas, ahora de los condes de Cedillo. Pero no era ese el único mérito de D. Antonio para la dedicación de esta calle; su mayor mérito está, entre otros muchos, en que fue de verdad un hombre bueno, creo que el hombre más bueno que yo he conocido.

Al llegar a la plaza del Salvador, la procesión tornará a mano izquierda entrando en la calle de la Trinidad, en la que en el siglo XII ya había una iglesia con este nombre; en cuyo solar pudo edificarse en el siglo XVII la que hoy se llama iglesia de San Marcos, sin culto, y en espera de su dedicación a la gran sala de conciertos u otros actos culturales que necesita Toledo.

Por esta calle veremos avanzar al clero regular y secular. Representaciones de órdenes religiosas que concurren también a la fiesta procesional. Franciscanos, Jesuítas, Carmelitas, Dominicos y Cistercienses, formarán filas seguidos del clero secular toledano; sacerdotes revestidos de bellas capas pluviales, la mayoría de las cuales llevan aún vivo el recuerdo de glorias pasadas del arciprestazgo, ennobleciendo el grave caminar de este gran número de clérigos que acompañan al Santísimo por las calles.

Y, mezclada entre las filas de estos sacerdotes, aparecerá la única Cofradía que tiene el privilegio desde antiguo de caminar cerca de la custodia: la Real e Ilustre Cofradía de la Caridad. Al frente de ella, una alta cruz de madera pintada de verde con bello crucifijo del siglo XVIII «La Cruz Verde», recordando la que les

fuera regalada por el arzobispo don Bernardo, primer Primado de España, que acompañara a Alfonso VI en la Reconquista. De entonces data la antigüedad de esta agrupación religiosa, creada para pedir limosna y poder dar cristiana sepultura con ella a los difuntos cuyos familiares carecían de medios para sufragar el entierro.

La cruz del Cardenal Mendoza también desfilará delante del clero catedralicio. Nos recordará esta cruz la conquista de Granada por los Reyes Católicos, ya que al ser tomada la ciudad a los musulmanes fuera puesta como signo del cristianismo en la Torre de la Vela, por aquél entonces la más alta de Granada. Rica cruz de los comienzos del Gótico Isabelino, realizada en plata «vermeille», igual que los dos ciriales que la acompañan.

Y siguiendo a esta cruz, el Cabildo Primado revestido con ricas capas pluviales de la esplendorosa época de los gremios de bordadores toledanos; primorosamente bordadas en los talleres de los Molero, que llegaron a ostentar la denominación de «Real Fábrica», cuando se hizo en ellos la colcha nupcial de Carlos IV. Capas que han cobijado durante siglos al dignísimo Cabildo de la Catedral Primada de España, cuyo prestigio de firmeza y fortaleza ganáronse con creces sus miembros a través de la Historia con algún que otro enfrentamiento a reyes o cardenales.

Delante de la Custodia, un grupo de pajecillos de muy corta edad sembrará de pétalos de rosas el suelo. Los extraerán de sus cestillos colgados de sus cuellos y los arrojarán con gracia sobre el pavimento, con sus pequeñas manos enguantadas. Vestidos de brocados de seda, pelucas blancas rizadas, polainas de puntillas y medias blancas, y tocados con una especie de cofias de las que sobresalen plumas blancas de avestruz, avanzarán con sus torpes pasitos ufanos en su labor de alfombrar de rosas el paso del Señor.

Saliendo de la calle de la Trinidad la procesión se encontrará de nuevo frente a la fachada de la Catedral, ricamente engalanada con preciosos tapices de Bruselas. Se convierte esta fachada en el día

del Corpus en la más interesante exposición de tapicería flamenca que jamás nadie pueda admirar en otras fechas.

Presentiremos que la custodia se acerca. Nos lo anunciará los pétalos de rosas que los pajecillos esparcen sobre el suelo. Y la presencia en las filas de dos canónigos que ejercen en estos momentos de diáconos de honor, revestidos de dos de las más ricas dalmáticas que guarda el museo de ropas de la Catedral. Y los acólitos portando ricos incensarios de la orfebrería renacentista y barroca toledana, y una naveta de plata que contiene el incienso que en la procesión se queme. Y el Capiller que, solemnemente, hará uso de la gran campanilla de plata.

Y veremos llegar al Santísimo. Llegará el Señor en su salida anual por las calles de Toledo, dentro de la magnífica joya que es la custodia de Enrique de Arfe. Mas, ¿qué digo?, no es en la obra de Arfe donde se aposentará el Señor, sino en el ostensorio o custodia de mano que el orfebre Almerique realizó con el primer oro venido de América y que el Cardenal Cisneros comprara en 1505 en la testamentaría de Isabel la Católica. La magnífica obra de Arfe anula con su esplendor esta pequeña custodia interior del también gran orfebre Almerique que, partiendo de base exagonal, eleva sus linternas enriquecidas con perlas, gemas, ángeles, flores esmaltadas y finísimas filigranas de oro, hasta ascender a la cúpula que se remata con el famoso «palomar»; bien conocido por los admiradores de esta obra en el mundo entero debido a las palomitas esmaltadas que asoman a sus ventanillos. Rodea esta rica custodia de mano, la custodia grande, la gran custodia de Enrique de Arfe, ganador del concurso para su realización en el que se midió con Copín de Holanda y Juan de Borgoña.

Realizó el platero alemán Arfe su custodia bajo un concepto gótico. La empezó en 1515 y la terminó en 1524. Era pues, el primer cuarto del siglo XVI; los plateros españoles ya estaban introduciendo en nuestro país el estilo Renacimiento; consideraron algu-

nos, por lo tanto, la obra del alemán atrasada en concepto, pues el estilo que empezaba a estar en boga, el último grito, era el que precisamente introducían los plateros: el Plateresco Español. Pero Arfe quedó satisfecho de su obra. Un decaedro sirve de base a la custodia sobre el que se edifica el gran monumento gótico de plata blanca que no se llegó a dorar hasta finales del siglo XVI, a fin de conseguir la unidad cromática, evitando el contraste de plata y oro que endurecía el conjunto entre la custodia de Arfe y el ostensorio de Almerique. Escudos de cardenales y de canónigos obreros, arbotantes, pináculos, arcos conopiales y apuntados, cresterías, volutas, estatuillas, esmaltes, perlas, pedrería... no es el momento de entrar en descripciones exhaustivas ya frecuentemente publicadas, ni de contar los tornillos ni las piezas; sólo lo es de admirar esta magnífica custodia y su ostensorio interior, excelente trono para el viaje por las calles de Toledo del Santísimo Sacramento del Altar.

Avanzará la custodia sobre su carroza de madera tallada y estofada de finales del siglo XVIII, empujada desde su interior por seis hombres, y conducida en el exterior por otros dos vestidos con ropajes dieciochescos y cubiertos con pelucas blancas.

Como portador del Santísimo, un sacerdote caminará junto a la custodia con su mano apoyada en la carroza; y el Arzobispo de Toledo, flanqueado por dos dignidades de la Catedral, revestidos los tres con ricas capas pluviales.

Vendrán después las autoridades civiles y militares encabezadas por el Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Detrás, los miembros del Ayuntamiento bajo mazas: dos alguacilillos vestidos de negro seguidos de cuatro sofieles ataviados de calzas largas y jubón de terciopelo grana, capas carmesí, golilla blanca y medallón de bronce al pecho. Dos de estos sofieles portarán al hombro sendas mazas de plata. Detrás de ellos, la corporación municipal con el pendón de la ciudad al frente portando por el concejal más joven; y tras las filas de concejales, el Alcalde en el centro.

Tras el Ayuntamiento, la Diputación Provincial, precedida de dos heraldos ataviados con dalmática color verde, al estilo del siglo XV, con gran escudo imperial bordado al centro, gola y plumón blanco, calzando zapatos de puntera curvada y portando mazas de plata al hombro. Tras ellos, dos filas de diputados con su Presidente.

Después, representantes de la Universidad de Castilla-La Mancha con sus togas y birretes de doctores. Y como última institución en el cortejo, la toledana Academia de Infantería cerrando con su marcialidad el desfile procesional.

A estas horas ya entraremos en la calle del Arco de Palacio, calle recta y ancha; con la Catedral en la fachada de la izquierda y el Palacio Arzobispal en la de la derecha. Cruza de fachada a fachada un arco que fue quemado en 1610 y reconstruido un año después que servía en tiempos para que el Arzobispo entrara en la Catedral sin salir a la calle. Bajo este gran arco pasará la procesión dirigiendo sus pasos de nuevo a la Puerta Llana. Y por ella irán entrando los componentes de la comitiva. Entrará el Vara de Plata, las mangas y las cruces, las Cofradías y las Hermandades, las autoridades, el clero... y por fin, la magnífica custodia conteniendo el Corpus Christi, que no volverá a salir a las calles de la ciudad hasta el año siguiente.

Terminada estará la procesión anual del Corpus Christi en Toledo, de la que hemos mostrado a Vds. algunas secuencias en las magníficas imágenes de la cámara de Alberto Caballero. Y concluido queda el torpe pregón salido de mis labios con la única intención de que «venga a noticia de todos», porque es noticia que «conviene que todos sepan».

DESPEDIDA DEL CORPUS

Ya Señor, tu visita ha concluido,
guardemos los faroles y los toldos;
ya Toledo, Señor, se queda sordo
y ciego vuelve a estar al colorido.

Huérfano de caballos y trompetas,
de aromas de romero y mejorana,
vuelve a quedar Toledo esta mañana
privado de incensarios y navetas.

Mudo ha vuelto a quedar el campanario.
Sin aire se han quedado las veléas:
al Corpus Christi lo vuelven al sagrario.

Nos quedamos contando, hasta tu vuelta,
los días a pasar, de este calvario
de un año, hasta encontrarnos en Tu Fiesta.

